



# GONZALO TORRENTE BALLESTER

el cielo, jugando, los reflectores de los barcos de guerra. Mi vida, durante mucho tiempo (y quizá ahora también) no fue más que un columpio, o vaivén, entre los reflectores que jugaban en el cielo, y la Compañía, que caminaba, doliente, por las veredas.

**I** Recordemos, ante todo, algunos acontecimientos: en 1910 murió Tolstoi, y Rainer María Rilke escribió «Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge». El cometa Halley se empezaba a alejar de la tierra, después del susto, y Bergson había escrito ya «Materia y memoria». Lo de las señoritas de Aviñó (calle barcelonesa, no pueblo de Francia) iba quedando lejos. En 1910, Dilthey escribió «La estructura del mundo histórico en las ciencias del espíritu», y, Freud «Sobre psicoanálisis». A 1910 corresponde en Francia la ley contra la invalidez y la vejez, quiero decir la ley del seguro contra esas desdichas, y el año anterior se había inventado el caucho sintético y el salvarsán. Sin embargo, y a pesar de ser el año de 1910, yo nací en la Edad Media (en sus postrimerías, por supuesto). Una Edad Media algo rara, sin embargo, porque, si bien es cierto que en mi aldea procurábamos, de noche, no tropezar con la Compañía, si era viernes podían verse en

*Gonzalo Torrente Ballester, en 1922, en Estepona (a la derecha). Una última fotografía del escritor, tomada durante la filmación de un programa para televisión, en 1979.*



**CURRICULUM  
EN  
CIERTO MODO**

# autobiografía

La cosa aconteció un 13 de junio, a eso de las tres de la tarde. Lugar del suceso, la alcoba de mi abuela, lugar donde, según conatré algún día, una puerta comunicaba directamente con el cielo, que mi abuela llamaba el Paraíso. Tardé pocos años en saberlo.

Veintidós años justos en Lisboa, frente al teatro de San Carlos, había nacido un muchacho que se conoce hoy en el mundo como Fernando Pessoa. Yo lo leí, por vez primera, hacia 1964, con evidente retraso. Mi información siempre fue mala, incluso para lo extraordinario. Comprendí repentinamente que entre aquel poeta y yo existían algunas afinidades de pensamiento y de sensibilidad, además de ser ambos géminis; o, dicho más modestamente, descubrí que Pessoa había pensado, bastantes años antes, lo que a mí me hubiera gustado pensar unos años después, si bien oscuramente lo sentía. ¿Se debe, esta afinidad, a la fecha de nacimiento, a esa coincidencia de fiestas del San Antonio de la Cabana y San Antonio de Lisboa, que son el mismo San Antonio? No lo sé. Dos géminis, sí; pero uno de ellos jamás vivió de inventarle horóscopos a la gente, ni dejó un baúl colmado de tesoros de poesía. Es también seguro que uno de ellos jamás dejó que en su interior creciera un Alvaro de Campos. ¿Para qué, si ya había crecido en otro seno imaginario?

**2** Lo que sí me marcó fue la casa de mi abuela: primero, la casa en sí, grande, destartada, llena de muebles hermosos y desvencijados, de puertas y ventanas con vida propia; caja de resonancia de todos los vendavales, de todos los ruidos, de los pasos quedos de todos los fantasmas, rica en rincones oscuros que mi miedo me ayudó a poblar de habitantes maravillosos y solemnes.

Después, las gentes de la casa: ahora me doy cuenta de que si algunas de mis obras consisten en una historia común que se deriva del choque de varios cuentos particulares, fue allí, en la casa de mi abuela, donde descubrí que era así. Y cada cual se sentía allí (perdón) tan cada cual, que hasta yo mismo era un quidam. Pero, además, todos estos cadacuales tenían que contar o que leer y lo contaban o leían menos yo, que escuchaba. Cierta vez, ya maduro, me tropecé con un título «Lil de los ojos color del tiempo», y cayeron sobre mí, como un canasto de rosas, los recuerdos de la historia de ese nombre (¿algo irlandés, quizá? ¿o francés?) que mi madre me había relatado. No logré nunca, en cambio, identificar lo de Iván y Alejo, de quienes recuerdo la muerte por re-

ducción a polvo, frío y hambre que habían pasado, en una cabaña entre hielos, y, encima de una mesa, el texto de sus memorias, o acaso sólo la narración de algunas aventuras: pero, eso sí, las páginas en que se iba preparando la muerte, hasta el final «no puedo más, Alejo».

Por aquel valle donde nació bajaban los vientos más estruendosos, galernas de la mar que entraban por Cobas y recorrían el camino sinuoso y tierno, verde siempre, a veces con las amarilleces de los castaños, de las aliagas o de las hojas muertas; el viento se ensanchaba en la ría, para ahilarse otra vez entre castillos y salir por la boca, pitando. O silbano más bien.



Torrente Ballester, en Vigo, año 1931.

Gracias al viento aquel descubrí que todo puede ser flautín, acordeón, orquesta, si a su paso acaricia agujeros sonoros. La casa de mi abuela fue el primer conjunto sinfónico de que tuve experiencia: el viento hacía vivir sus resquebrajaduras, sus oquedades, los filos de las tejas: acariciaban sus dedos largos aquellas superficies como el teclado de un bandoneón.

Con ese viento y esas historias, ¿qué esperaban que fuera? ¿Por ventura ingeniero de caminos? Mi fantasía no me cupo jamás en fórmulas de integrales ni en el cuadro preciso de los planos bien dibujados. Sin embargo, me gustaban los barcos de guerra. Yo creo que por razones de sensibilidad, aparte lo de la casta. A un ferrolano

(mi casta es ésa) siempre le gustan, salvo aquellos que los odian, que es un modo de gustarles, o de amarlos. Pero mi afición a aquellas siluetas de un gris oscuro inconfundible, tan elegantes, que estaban en la mar como caídos aplomadamente, se compensó desde un principio con el amor a los veleros: primero, los que también pertenecían a la Armada, como aquella corbeta Nautilus en la que tuve ocasión de dar algunas bordadas con todo el trapo desplegado; más tarde, los grandes navíos de tres puentes que se hundieron en Trafalgar. Finalmente, los «clippers» de cinco mástiles. Y, fuera de programa, la «Hispaniola», el «Narcissus» y otros famosos navíos de la Literatura. No necesito añadir que con el señor Gordon Pym su famoso viaje y que desde entonces ando perdido en un desierto de hielo con algún que otro pingüino rezagado.

(A propósito: Trafalgar, en aquel mundo, era algo sucedido anteayer, lo cual no es raro si se considera que lo de Cavite y Santiago había acontecido ayer mismo. La diferencia consistía en que el relato de Cavite lo escuché de labios de testigos, y lo de Trafalgar, de enterados por tradición. Cuando años después leí lo de Galdós, nada me pareció nuevo porque todo me lo sabía de memoria, y no de la mía propia, sino de ese lugar en que la memoria de uno coincide con la de muchos. Ahora, casi lo tengo olvidado.)

**3** Azar, destino, ¿qué sabe uno? La puerta pudo haber permanecido cerrada indefinidamente, podría estarlo aún, y no abrirse jamás. Hubiera en ese caso, crecido dentro de mí una especie de doble encargado de fantasear de lo lindo aprovechando los ratos libres, imposibilitado, sin embargo, de aplicar la imaginación al oficio que ejercido, donde la imaginación cabe, ¿quién lo duda?, pero está prohibida: porque en este país al despliegue efectivo de la imaginación se les prohíbe, o, al menos se les reprocha, incluso a los que de ella viven y se alimentan. «¡Que inventos ellos!» no se justifica ni aun por su contenido poético. Quien la profirió —lo siento— no tenía el alma de nardo.

El caso fue, sin embargo, que aquel compañero de colegio, once años más o menos, me apostó una peseta a que yo no era capaz de escribir una novela del Oeste (el Far-West, se entiende, con indios por el medio). Gané la apuesta y recibí la segunda cornada del destino, aquella no cerrada todavía, me cogió ante la extrañeza de que los que me rodearon, de los que lo supieron, de todos los bien pensantes y bienhacientes. «Este tiene que ser un

chico raro.» Y no digo que tomasen precauciones, pero sí que me miraban de cierta manera. Y, a veces, me preguntaban: «Y, dime, ¿de dónde copias eso que escribes?»

¡Hombre, copiar, no! Plagiar, sí, por supuesto: pero hay un matiz... Que yo sepa, todo el mundo empezó plagiando. Si se hace con palabras distintas, viene a ser una especie de ejercicio bastante útil. No conviene, sin embargo, quedar en eso.

En cada una de las infinitas narraciones, y algún que otro drama, escritos entre 1921 y 1926, había siempre una mujer. A veces, dramáticamente, dos. Y esto hay que explicarlo.

**4** Hacia 1916, descubrí por mi cuenta que entre «un» niño y «una» niña, llamados respectivamente Gonzalito y Lina existían ciertas relaciones cuya naturaleza no coincidía con la de las establecidas entre los «otros» niños y las «otras» niñas. Pero, de esto, Lina no sabía nada. Era como si, entre dos árboles, se estableciera un puente de madreselvas que fueran del uno al otro, pero sin regresar. Yo amaba, pero no sólo no era correspondido, sino que ignoraba aún que el amor pide correspondencia.

Era muy curioso: yo arrancaba de la mata una rosa silvestre, decía que era Lina, o, cuando organizaba, con retazos de tablas, mi teatrillo en el ancho repecho pétreo de la ventana, al situar en el escenario dos estaquitas semejantes, una era Lina y la otra Gonzalito. ¿Qué le voy a hacer? Desde entonces (insisto, 1916), siempre hubo una Lina frente, o al lado (a veces dentro), de Gonzalito. Incluso cuando perdí definitivamente el diminutivo. Pero, a veces, hubo más de una, igual que en aquellas obras que veía en el teatro al que empecé a llevarme desde muy niño: pero no fueron más que una por influencia teatral, ni mucho menos. Ciertas situaciones, ciertas experiencias, ciertos dolores, no necesitan del Arte, sino que sobrevienen solos. El Arte las registra.

La naturaleza de esa relación a que me he referido se mudó a lo largo de los años: acaso sea lo suyo propio, mudar. Empezó por una rosa silvestre, perfecto sustituto en mi corazón de la mocita y sus trenzas (no recuerdo si alguna vez besé la rosa, pero no lo creo). Aire en el aire, o, si se quiere, aroma.

Ahora, ya no: tiene que ser cuerpo para que manos y boca investiguen, conozcan, acaricien, besen, para la pena y la delicia.

Es necesario reconocer que el conocimiento, así alcanzado, del otro, es infinitamente superior al de los meros



Como crítico teatral: arriba, con su colega Alfredo Marquerie; en medio, con María Jesús Valdés. Abajo, acompañado de Claudio de la Torre y Domingo Ortega.

símbolos. Es verdad que a Lina le vi una vez las braguitas, pero sin la menor malicia. Sin embargo, ¿por qué lo recuerdo? Fue en la escuela: mi banquito estaba frente al suyo. Y por alguna razón desconocida y maravillosa separó las rodillas. Yo estaba mirando. Pero, ¿por qué?

¿Y por qué asocio al de Lina el recuerdo del silencio? En ese valle que recorrían los vientos se asentaba a veces un silencio tan entero, tan compacto, que resultaba casi irreal. Sin embargo, una o dos veces más, a lo largo de mi vida, volví a escucharlo. Aquél acontecía en las noches oscuras, durante ese intervalo que corre el momento en que los grillos dejan de cantar, lo mismo más o menos que los incansables alacranes, y sobreviene súbito el estallido sonoro del ruiseñor. Uno de ellos se escondía en el nogal frontero, o en algún matojo y aledaño. Y cuando nos reuníamos en el balcón a tomar el fresco, alguien decía siempre: «A ver si canta el ruiseñor.» Y esperaríamos, en silencio también.

El ruiseñor, sin embargo, prefiere horas más altas. Solía defraudarnos. Entonces, para sustituir su melodía cantábamos a coro un cuplé de Raquel Meller: «Flor de té». Yo era entonces, por supuesto, el zagal.

**5** Conviene hacer justicia al padre Miguel, la única persona que tomó en serio mi vocación literaria, la única que me ayudó con libros y consejos. Era un frailecico demasiado joven, que acaso hubiera escondido bajo los hábitos blancos una secreta vocación lírica, a las veces mostrada con poemillas ingenuos. Una vez, muchos años después, en una calle madrileña donde nos tropezamos, me dijo que la literatura no valía la pena. Se dedicaba, entonces, a la predicación. Yo le dije que bueno, pero que me faltaban ciertas condiciones y algún que otro carisma para dedicarme también a predicar.

El fraile aquel me dijo cuando publiqué «El viaje del joven Tobas» y se lo llevé, dedicado; mejor dicho, cuando ya lo hubo leído, que quien había escrito aquello podría sin duda escribir otras cosas de más mérito (bueno, no sé si fueron exactamente éstas las palabras de su profecía, pero, fueran las que hayan sido, me reconfortaron mucho. ¡Y cuidado que ya la vida nos había separado, como en la letra de cualquier tango! Entendiéndolo bien, por supuesto).

El padre Miguel fue mi primer crítico. Les llevaba a otros la ventaja de la benevolencia y se parecía a algunos en no concebir la literatura más que de un modo monótono y lineal: el que cabe

en los caletres estrechos. Por aquella época descubrí, porque me lo echaron en cara, que el sentido del humor era pecado contra el espíritu, en el mundo de las grandes solemnidades. Hay quien concibe la realidad como un desfile de fanfarrias, hay quien como un velorio, hay para quienes no pasa de ballet, pero también existe el que llega, se asombra, se ríe, se encoge de hombros y se pone a tocar la flauta aledaño a un alcorcho, dado que no siempre queda a mano la muchachita de pechos sobrecogedores. Pues ahí está mi secreto.

Mi error no fue otro que el tomar en serio a los demás, en un exceso de respeto. «El Arte tiene que ser así», y yo lo hacía así. «Ahora tiene que ser asado», y venga, a asarlo. Hasta que lo mandé todo a paseo e hice lo que me apetecía, bien o mal, pero a mi modo. Y ahí está lo hecho. Que lo mejoren.

Confío en que, hoy, el padre Miguel no aprobaría mi obra, pero me perdonaría.

**6** De mi bachillerato saqué la conclusión de que el cosmos, la tierra, los hombres y cuánto uno encuentra o sueña eran de un modo determinado e invariable. Cincuenta y tantos años después, la conclusión más precavida consiste en creer que cada treinta o cuarenta años cambia el modo de entender al cosmos, a la tierra y a los hombres, así como también a todo lo que uno encuentra o sueña; o sea, que no conviene convencerse jamás de que nada, real o soñado, tenga en pro-

piedad exclusiva un modo de ser estable, salvo si la pereza mental le lleva a uno a aferrarse a una idea y defenderla con las uñas y los dientes, o sea, al dogmatismo. Allá él.

De la Universidad saqué otra conclusión, menos definitiva, más fluctuante: la vida de los hombres es un maremagnum sin pies ni cabeza que algunos se empeñan en entender como sometido a leyes (con lo cual ya no sería lo que es) y como desarrollando un argumento preciso, aunque distinto, según cada autor. Las metafísicas, las éticas y las estéticas influyen mucho en las novelas que, con el nombre de filosofía de la historia, se inventan al respecto. La historia, ¿tiene sentido?, ¿no lo tiene? He ahí la cuestión, que dijo el otro. En las Universidades enseñan que sí. Pero yo, que fui en tiempos dramaturgo, sé en qué consiste esa operación admirable de coger un pedazo de vida y transformarla en acción en tres actos, de acuerdo, más o menos, con Boileau. Los hombres necesitamos entender, y únicamente las formas nos lo permiten: toda interpretación de la historia es una forma. Pues, tranquilos, claro. Pero que vengan las formas.

No tuve maestros. Varias veces se me acusó de autodidacto. De haber tenido dinero, me contaría entre los discípulos directos de don José Ortega y Gasset, el hombre que, de lejos, más me enseñó en esta vida: y lo hubiera sido sin miedo a la secuacidad, sin miedo a la imitación, porque siempre le creí hombre que sabía, no sólo respetar la origi-





A la izquierda, Torrente, viajero: «Hay en el mundo seis u ocho lugares cuya nostalgia me apesadumbra». Arriba, Torrente y la literatura: «Nadie me la enseñó. La descubrí una vez como en la curva de una rama de abedul, el espíritu del bosque columpiándose y riéndose.»

nalidad ajena, sino suscitarla. Además, yo no hubiera sido jamás ni historiador ni filósofo, pero nadie habría podido decir de mí, como dijo uno de nuestros sabios, que no soy culto, sino que poseo una suma de saberes. ¡Pues mira que bien! El disculpaje directo inmuniza de ciertos adjetivos. Yo me creo culto, pero no por lo que aprendí en la Universidad, sino a causa de lo escuchado, durante mis años infantiles, en aquel rincón gallego. Allí se configuró mi *imago mundi*: una cultura mágica siempre en colisión con los saberes racionalistas aprendidos después y hacia la cual, ¿por qué negarlo?, siento cierta inclinación. Pero hay modos de ser conflictivos que no encajan en las clasificaciones de escuela, y ya sabemos que eso, clasificar, es la primera operación intelectual de cierta envergadura.

Quedamos, pues, en que mi paso por el Instituto y por la Universidad no me dio una cultura, sino una suma de saberes, un trivium y un cuadrivium, además, mal aprendidos y peor digeridos. Lo que más me rebaja ante ciertos ojos perspicacísimos es que no sé alemán. Intento compensarlo escribiendo novelas de la mejor clase posible.

Como mi formación intelectual fue tan deficiente, una vez habida conciencia de ello, me dediqué a perfeccionarla en lo posible. No en todas las direcciones, esto es obvio, pero sí en dos o tres. Así, si bien es cierto que sé poco de literatura, creo que soy uno de

los escasos españoles que entienden de eso. Y ahí queda la afirmación, sostenida por unos cuantos libros en los que se demuestra. También entiendo un poco de los hombres y de las mujeres, más de éstas que de aquéllos, y no por nada, sino porque me interesan más como objeto de conocimiento y, por supuesto, de amor.

Todo lo que yo sé de amor, lo he sacado de la vida, lo he escuchado de un corazón unísono.

**7** Esta última impertinencia me lleva otra vez a aquello que se inició con Lina y una rosa silvestre y que, gracias a Dios, no se acabó todavía. El verso de Machado no me sirve («Amé cuanto ellas suelen...»), ni tampoco los versos de algunos otros poetas. Es asombroso comprobar la escasez de los saberes de algunos de esos profesionales del amor que son los poetas líricos. Ni don Juan ni Onán tienen una cabal idea: de lo que ellos tratan es de otra cuestión. Machado supo de amor una vez en la vida, un solo instante, y después lo olvidó: fue al escribir: «Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.» Lo que hace la mayor parte de los poetas es una operación verbal que actúa sobre un hecho trivial. Si tienen talento, sacan unos versos excepcionales. Hoy sabemos que, detrás del soneto ése, maravilloso, de las cenizas y del sentido, no hubo un sentimiento real, sino sólo unas fuentes lite-

rarias y un gran talento. Y, sin embargo...

Yo viví siempre enamorado y, a partir de cierta hora, empecé a desear, pero el deseo y el amor seguían caminos diferentes. El amor se llamó Elia, que era una criatura escuchimizada, de grandes ojos incrédulos y asustados. Una vez me envié una fotografía, y vi que se había transformado en mujer estupenda, objeto ya, no sólo del amor antiguo, sino también del deseo nuevo. Ahí empezó el drama, que no me sentí dispuesto a soportar, y toda vez que Elia se mantenía inaccesible a lo que podía hacer con ella un muchacho sin oficio ni beneficio, busqué en otra persona el objeto del amor y del deseo conjuntos. Me casé el 11 de mayo de 1952. Desde entonces el amor y el deseo no volvieron a separarse, sino sólo por razones circunstanciales y remediables, pero sin montar una metafísica sobre la escisión. Me parece haber sacado de la vida, más de medio siglo de amar, una experiencia bastante honda y bastante rica del menester. No es fácil formularla en palabras: más bien se puede oler, como un recuerdo de nardos, en algunas imágenes y narrativas de mi invención. Me encuentro ahora en un momento en que el recuerdo me trae, confundidas, a las mujeres que amé y a las que llevo inventado que en ciertos casos son trasunto de las otras. ¡Qué bonito haría empezar aquí la lista de don Juan, o aunque sólo fuera la de don Luis, más modesta! Pero no serviría de nada: a las mujeres que amé las nombro, incluso en mi corazón, con nombres literarios: Adriadna, Dafne, Silvia... Y eso no aclara episodios biográficos, que es lo que gusta a los cotillas, pero que a mí me gusta mantener en secreto.

Dos veces me casé. Tengo once hijos.

**8** Mis relaciones con el dinero y todo eso siempre fueron deplorables. Hay razones, o causas, que lo explican: nací de una familia generosa y pobre. Siempre vi trabajar para gastar, no para ahorrar. Quizá haya sido así porque lo que se ganaba no alcanzó nunca para vivir medianamente holgados, menos aún para el socorro o la ayuda: y estos importaban más que la holgura misma. Por otra parte, conviene tener presente que el crack de la Bolsa de Nueva York me sorprendió con diecinueve años de edad y sin trabajo, y que cuando tuve una carrera (a partir de 1940) mis emolumentos alcanzaban algo así como el sesenta por ciento de un presupuesto modesto. Siempre me vi necesitado de alguna ganancia complementaria, y puedo decir, sin faltar a la verdad, que durante los cuarenta años que duró mi dedica-

ción a la enseñanza como funcionario público, fui concienzuda y fríamente—aparte de impersonalmente— explotado por mi patrono que era el Estado. No llegué a cumplidor ejemplar y laudable del contrato que firmé el 1 de octubre de 1940, pero la otra parte, eso que hoy llaman, a la americana (¿qué no se nombrará hoy en España a la americana?) Administración, lo fue menos aún. En 1940 llegué a ganar, por ocho horas de trabajo semanales, mil doscientas pesetas al mes; en 1980, al jubilarme, ganaba noventa y tres mil pesetas por quince horas a la semana. Que saquen la cuenta los economistas, y a ver quién incumplió el contrato. Si se tratase de una calamidad general, yo lo hubiera soportado sin rechistar, pero la verdad es que existen muchos funcionarios especialmente estúpidos y especialmente innecesarios, que ganan cuatro veces más. Yo siempre fui necesario. Yo fui un excelente profesor. Muchas veces, al volver de una esquina, encuentro a alguien que me lo recuerda y me lo agradece con un abrazo.

Con la literatura gané poco dinero. Hoy parece que mis libros se venden algo más, y esto se va notando, pero, ¿no iba siendo hora? Piensa que, cuando esto escribo, voy a cumplir setenta y un años. De todas maneras, mi

situación es, como siempre, insegura. El Estado me paga de retiro un puñado de duros que muy pronto no alcanzará para pagar el piso, y de lo que gano escribiendo, me lleva lo que puede con el pretexto de la justicia tributaria. No soy propietario, salvo de una casita en Galicia, ésa que llaman La Romana, y que me sirve de refugio en los veranos. Si será modesta, que apenas paga impuestos. Fuera de eso, queda el mundo, quedan las galaxias inmensas que se desperazan en el espacio infinito, todas, evidentemente, mías. También es mío Dios, a su modo.

¡Ah, se me olvidaba! Poseo unos veinte mil duros en acciones de Ibero.

**9** La literatura se aposentó en mis entrañas como un virus contra el que no caben defensas ni se ha inventado aún la vacuna. Me poseyó y posee con esa entereza de algunos amores y de algunas mujeres, no me ha soltado jamás, no me ha dejado libre, pero me ha exigido en cambio serlo ante el resto de las cosas reales para poder dominarme más a modo. ¿Qué voy a hacerle? Es mi felicidad y mi dolor, y todas cuantas parejas contradictorias se me puedan ocurrir ahora, vida y muerte, y las demás. Le he sido fiel, pues mis limitadas y míni-

mas traiciones con las teteras y los magnetofones no llegaron a afectar la sustancia de mi lealtad, sino más bien la completaron. El amor a los libros también va implícito.

A mí, la literatura nadie me la enseñó. La descubrí una vez como en la curva de una rama de abedul el espíritu del bosque columpiándose y riendo. ¡Decir a Dios que hubo tiempo en que creí averiguarlo todo leyendo al señor Fitzmaurice-Kelly! Por fortuna, otros libros vinieron y me ayudaron.

Acació al principio un período de creación febril, que a poco me deja sin bachillerato y que se agotó a los dieciséis años, tras el auto de fe de mis obras completas. Luego un silencio largo, de estupor y desorientación. Reanudé el oficio a los veintiséis años, vocado al drama, y creo que ya entonces mi camino era mío, forzado acaso por lejanías, por soledades y otras circunstancias. Recuerdo con emoción, que me hace sonreír a mi propia flaqueza, las largas noches insomnes de aquel París de 1936 en que inventé y planeé «El viaje del joven Tobías»: había buscado en el trabajo defensa contra la angustia. Y metí en aquella obra cuánto llevaba dentro, igual que los opositores. Me alegro de haberlo hecho, porque hoy puedo decir que mi afición a la materia fantástica se la debo más a las mendigas milagreras de mi infancia que a lecturas posteriores al existencialismo. Si hubiera escrito y publicado ese librito cuatro o cinco años antes, ciertos grandes de nuestra poesía no me hubieran desdeñado, estoy seguro.

Conviene recordar, como episodios anteriores y capitales, mi descubrimiento de lo que se llamaba entonces el superrealismo (1927-28), que me permitió averiguar que yo lo era, y, cuatro años más tarde, del clasicismo consciente en sus formas más modernas y paradójicas (Poe, Baudelaire, Mallarmé), merced a lo cual llevé a buen término un segundo descubrimiento: que el arte como conciencia también me solicitaba, y que algo afín llevaba en mi interior. De la colisión entre el uno y el otro, no solo salió cuánto llevo escrito, sino yo mismo: pues no fueron dos adquisiciones de las que pudiera librarme a voluntad, sino, insisto, dos descubrimientos sucesivos y contradictorios de maneras de ser reales y personales. Hubiera podido inventarme un heterónimo clásico y otro romántico, y echarlos a pelear. No lo hice porque no se me ocurrió, afortunadamente.

Yo hubiera sido un buen dramaturgo (lo que escribí para el teatro y no se representó jamás no pasa de primeros ensayos, de tanteos y de esbozos). Hubiera llevado a la escena algo de



«La frase «¡Que inventen ellos!» no se justifica ni aún por su contenido poético. Quien la profirió —lo siento— no tenía el alma de nardo.» Torrente ante una reproducción del retrato de Unamuno, hecho por Vázquez Díaz.



Torrente Ballester en el momento de leer el discurso de ingreso en la Real Academia Española, en 1977.

fantasía, de imaginación, me hubiera apartado de la sociología, de la moral y, a ser posible, de esa comicidad chabacana que es el mayor de sus riesgos. No hubo suerte, o, mejor, no me sentí capaz de librar la batalla contra los hábitos y las dificultades que todos los que en el teatro triunfaron han padecido y conocen. Como dramaturgo, pues, soy un fracasado. Sin rencor, eso sí. Me quedó de aquella breve aventura cierto saber gracias al cual pude ganarme la vida durante quince años, hasta que pudo más que yo la vida misma, y me dejó sin púlpito. Después fui novelista. Tengo publicados diez volúmenes narrativos, si no recuerdo mal, todos ellos nutridos. No fui de esos artistas que encuentran una fórmula y se aferran a ella y en ella mueren, sino que, cada vez, busqué la forma adecuada a lo que quería contar. Nunca me inquietaron demasiado las modas, y el que dijo que el error de mi «Saga/luga» es seguir una de ellas, acredita no entender ni de modas ni de literatura. No seguí las modas, pero creo haber respondido al espíritu de mi tiempo, incluso durante mi escaso tránsito por el realismo tradicional, al cual se vuelve hoy, ¡vaya por Dios! Creo no haber obedecido jamás esas órdenes difusas e impersonales que llegan nadie sabe de donde y alicortan a los espíritus tímidos, así como a los superficiales. Esto no quiere decir que me considere un escritor surgido de la nada, sino que, por el contrario, estoy persuadido de haber recibido préstamos de todos los autores que leí: igual que todo el mundo.

De las tres etapas en que los antiguos retores (¡ajo, linotipista: sin el!) dividían la creación del discurso ni la invención ni la elocución me causan grandes quebraderos: lo que consume mi tiempo y mi ingenio, lo que me sume en dudas, lo que me lleva al acierto o desacierto, es la composición, y no por falta de ocurrencias, sino quizá, por exceso, o por lo difícil que resulta (algunos, pocos, lo saben) averiguar la forma que cada material exige desde dentro de sí misma como una exigencia de vida. No se olvide que ese código que, según la terminología moderna, incluyen nuestros genes, no sólo contienen las órdenes de vida, sino la forma.

El arte es forma y la vida la necesita por igual. Las que se pueden ver con los ojos son prácticamente infinitas; las que son susceptibles de recibir esos conjuntos indisolubles de imágenes y de palabras que son los materiales literarios, no alcanzan tal infinitud. Los escritores nos movemos dentro de unos límites formales muy reducidos: de ahí la insistencia y la recurrencia de normas y de prescripciones. La biografía de todo artista verdadero puede resumirse en su relación con el límite: porque se acomoda a él, porque lucha contra él.

Esa relación, en mi caso, es una alternancia de esperanzas y de decepciones de aciertos y de errores, como todo el mundo, pero en proporción personal e intransferible. Siempre me ha sostenido una moral profesional no se dónde o de quién recibida, quizá del ámbito, y fue ella quien me empujó a

la búsqueda de la autenticidad, al desprecio del gato por liebre. Si a veces, como crítico de obras ajenas, fui en exceso exigente, confieso ahora que las exigencias conmigo mismo fueron más duras todavía. De haberme dado cuenta de que tal obra era un error, no la hubiera publicado.

Necesito reconocer mi pereza, mi afición a las musarañas, la vagancia que me acomete a veces como saliendo de mis propios entresijos, como pereza esencial solo contadas veces dominada. A ella obedece la escasez de mi obra. Necesitaría, sin embargo, veinte años de vida más, de vida lúcida y voluntad estable para escribir lo que me queda dentro. ¿Sabe alguien a qué santo me debo encomendar para que acontezca el milagro? Aunque, ¿para qué? Voy a cumplir setenta y un años. ¿No me ha llegado aún esa hora de vivir mi pereza en paz y dignamente?

Esto aparte, lo mismo que algunos que yo me sé, quizá estupendos, quizá ejemplares, no he pasado todavía de aprendiz de escritor.

**10** No he sido gran viajero, y no por falta de vocación, sino de cuartos. Hay en el mundo seis u ocho lugares cuya nostalgia me apesadumbra, y no por la experiencia directa que tenga de ellos, sino por conocerlos solo a través de los libros y de la fotografía. Hoy acaso estén más a mi alcance que antaño, pero ya no me quedan ganas ni jugos gástricos en forma para hacer frente a comidas nuevas, que es lo que más me aterra de esas tierras inéditas. Echo de

# Entre en el Club del Misterio



Los dos primeros  
al precio de uno:  
**95 Ptas.**

Descubra los títulos más apasionantes de la novela negra, de suspense, de espionaje, de la novela policíaca...

Cien obras ilustradas, en versiones íntegras, al increíble precio de 95 ptas. ejemplar.

Colecciónelos cada semana en una sugestiva edición al estilo clásico. Formando si lo desea volúmenes encuadernados con evocadoras tapas.

¡No los deje escapar! Cada miércoles en su quiosco o librería!

Estos son algunos de los autores que encontrará en el Club del Misterio.

Dashiell Hammett, Arthur Conan Doyle, Raymond Chandler, Patricia Highsmith, Ellery Queen, Erle Stanley Gardner, James Hadley Chase, Nicholas Blake, James M. Cain, Rex Stout, Jim Thompson, G.K. Chesterton, Horace McCoy, Earl Derr Biggers, Ross Macdonald, y un largo etcétera...

## Club DEL MISTERIO BRUGUERA



menos cielos, rincones, perspectivas, colores de las aguas, remansos de canales, y esos olores pútridos tan sutiles en los que —dicen— se destruye Venecia. De las ciudades vividas, siempre se van mis ansias a París, que era tan bello todavía, cuando lo visité la última vez, con los árboles intactos. Pero, como escribí en alguna parte, creo haber descubierto también la belleza de Nueva York, tan distinta de lo que por aquí usamos. De mis viajes me queda un batiburrillo de imágenes fugaces, calles, vitrales, claustros, agudas o molochas torres, el silencio de un bosque, los campos verdes de la Inglaterra del sur, algún que otro fantasma entrevisto o adivinado. Pero basta la menor incitación para que reaparezca en el recuerdo lo visto en mis viajes a Andalucía, pueblos blancos, blancas arquitecturas señoriales o populares, unas y otras tan bellas como el mismo Partenón (que no he visto jamás, aunque sí adivinado). Si ciertos andaluces alcanzasen a comprender el valor de lo que pierden impedirían su ruina, opondrían sus cuerpos a la monstruosidad de la piqueta. No hace muchos días, viendo en mera fotografía un rincón de Véjer de la Frontera, me quedé turlato de puro asombro. Y feliz de que eso exista todavía, de que pueda algún día llegarme a verlo.

Me gusta la pintura y siento especial interés, devoción, curiosidad (todo mezclado) por los capiteles románicos: los reuniría a todos (de poder ¡qué escándalo!) en una inmensa sala, cada uno en su plataforma giratoria, y pasaría mi tiempo contemplando sus formas inagotables, asustadas, sublimes, retorcidas, a veces ingenuamente lúbricas. ¡Qué imaginación la de aquéllos anónimos analfabetos! La arquitectura, sin embargo, es de las artes de bulto mi preferida, sobre todo la arquitectura de interiores, la creación de espacios, de formas cóncavas, de límites al aire. Mis grandes emociones estéticas acontecieron en algunas iglesias, en algunos palacios, y no se piense en sanpedros de Roma, sino en la iglesia del Narancho, digamos, o en alguna de éstas, románicas, de mi tierra como cierta sacristía, y no es que desdeñe las solemnes. ¡Caray! París bien vale una misa, y un largo camino Compostela. De la arquitectura moderna, no fui insensible a la potencia al desafío del Rockefeller Center, o ciertas edificaciones de aluminio y cristal. Pero eso es otro cantar, música de jazz, si se prefiere, y yo continúo fiel a la monodia gregoriana, a los conciertos para flauta oboe y continuo. Claro está que también escucho a Mather y amo la arquitectura que corresponde a su música.

De otra clase de mociones afines a las

estéticas, tengo que recordar aquella vez que, en Weimar, tuve en mis manos, y contemplé, además de acariciarlas, las cuartillas en que figuran escritas las «Elegías de Duino», de la mano de su autor: no vi jamás texto más estremecedor ni que le haga a uno abdicar de sus convicciones y admitir que la creación poética es, de verdad, un misterio. También vi manuscritos de Balzac, de Karl Marx, de Lenin y de Trotsky. No los tuve entre mis manos, sólo me fue dado examinarlos a través de esos cristales en que se enfrían las emociones. Algunos grandes espacios abiertos me sobrecogieron, y no me cansan jamás el Atlántico furioso de mis costas o la mar tranquila y gris, con una luz ambigua de ciertos días nublados de Marbella. De mi valle original no me gusta acordarme, porque se murieron los castaños, tras ellos emigraron los enanos del subsuelo con sus tesoros y sus bromas, y hoy proliferan las casas de cemento. En cuanto al silencio, ya no lo hay, sino estentóreas sonoridades artificiales. Pero aún quedan valles intactos, que a veces se perciben desde el tren o desde la carretera, y es delicioso, entonces, quedarse quieto.

**II** Vuelvo a mis libros, que a fin de cuentas son los que justifica este diseño más o menos biográfico. No hace falta ser especialmente listo para enterarse de que la realidad es práctica e irremediadamente inabarcable, y que de su infinitud, cada cual, si hay suerte, le cabe una parcelita. Hacia mis treinta años, más o menos, mi sensibilidad, en maridaje con mis propias limitaciones, me habían acotado ya el terreno que en cierto sentido relativo puedo, sin gran exageración, llamar el mío. A partir de mi primer libro, incrementado por los que inmediatamente le siguieron, quedó bien precisada mi temática, trazada la dirección de mi camino. Hubo temas agotados y abandonados; otros, que persistieron, quizá porque no haya acertado a dilucidarlos enteramente. El origen de alguno de ellos no deja de ser chusco, y voy a contar aquí el por qué Napoleón Bonaparte reaparece hasta la monotonía, hasta la saciedad. A mi hermano Alvaro, cuando lo bautizaron, mi padre, que siempre mantuvo unas particulares relaciones con el Corso y me atrevería a decir que con toda la Revolución francesa (a pesar de su inalterable monarquismo); cuando le bautizaron, digo, a mi hermano Alvaro, le quisieron poner el de Napoleón entre sus nombres, y con él figura en el registro civil, mas no en el eclesiástico, porque el cura Rubiños, que era el de la parroquia de San Salvador

de Serantes, se opuso, ignorante de la existencia de un santo Napollione. Y a mi aquello debió de afectarme más de lo esperable (cumplía cuatro años por aquéllos días), de tal manera que mi curiosidad por el sujeto se inició allí mismo, acaso al pie de la pila bautismal donde mi hermano berreaba. Supongo que, a lo largo del tiempo y de las noticias que iba adquiriendo y me iban llegando, se verificó la identificación de la figura histórica con la noción, o la intuición, que del poder se me formaba en algún lugar de la conciencia, capas de informaciones y de emociones superpuestas como las de una losa de pizarra (o de un hojaladre). Y como esto del poder es una de las realidades que con caras más variadas se ofreció a la experiencia de mis contemporáneos, y que más catástrofes produjo y sigue produciendo, pues de ahí que Napoleón haya perdido ya, sin que pueda evitarlo, su condición humana y haya descendido (o ascendido, vaya usted a saber) a la de símbolo preciso en su significación. Me resulta, sin embargo, inevitable que esa estructura simbólica: significación, pero no vida, sea atacada quizá con ánimo destructivo por los recuerdos del Olvidado de Santa Elena, la suma de sus grandezas y de sus pequeñeces: como si su realidad de hombre aspirase a sustituir a la mera figura significativa. No sé. Pero, indudablemente, de varias de mis obras se puede deducir la historia de mis relaciones con Napoleón, no como las de mi padre, para quien era un mito, sino solo las de un escritor con uno de sus temas. Cuando, en la torre del pazo de Carlos Deza, discuten y forcejean éste y Cayetano Salgado, lo que yo veo detrás es diálogo, de Napoleón con Metternich en la biblioteca de Dresde.

Mito, poder, esperanza, amor y miedo: son ideas, nociones, abstracciones incluso: antes, no obstante, han sido vida, realidad. Y uno —el poeta, el artista— los persigue con la intención de rozar al menos la órbita de su meollo, de encerrarlos en formas y en palabras. «Don Juan», «La Saga/fugade J. B.», «Fragmentos de Apocalipsis», «Los gozos y las sombras» y todo cuanto llevo escrito son las huellas de mi intento, quizá cenizas. Pues ¡bueno! ¿Lo serán algún día lo que me queda por escribir? De seguro: ¡es tan escaso lo que resiste al tiempo y al cambio de los gustos! Pero a mí nadie podrá quitarme el gozo y el dolor que me dieron. Esos libros, esos sentimientos, son lo más verdadero de mi vida, son el tuétano de mi biografía: en tanto íntimos, casi inefables. Por eso no puedo describirlos y dejo aquí, tras estos garabatos, este *currículum*, en cierto modo, sólo en cierto modo. ■ G.T.B.